PIO IX.

ARTÍCULOS PUBLICADOS EN EL FARO EN EL AÑO DE 1847.

PIO IX.

§ I.

ITALIANOS Y ESPAÑOLES.

El Faro se propone publicar algunos artículos sobre las gravísimas cuestiones que se agitan en Italia, y que hoy llaman poderosamente la atencion de todas las naciones; pero antes de entrar en materia, será bueno explicar el singular privilegio de que la Italia goza, juntamente con España, de atraer hácia sí las miradas del mundo civilizado. Este gran privilegio, en nuestro sentir, no tiene exclusivamente su orígen en la gravedad y trascendencia de las cuestiones que se agitan en los dos pueblos peninsulares; sino que nace tambien, y aun principalmente, de la grandeza de esos dos pueblos, que no consienten en los otros ni la indiferencia ni el olvido.

Y no se estrañen nuestros lectores, que llamemos grande á la

Italia, y grande á la nacion española; como quiera que hay pueblos en quienes la servidumbre no puede borrar la majestad, y que aun siendo esclavos, son reyes.

Raras son en verdad estas razas poderosísimas de hombres, que en toda la prolongacion de los siglos, y asi en los tiempos menguados como en los bonancibles, llevan impresas é indelebles las señales del imperio. Nosotros, sin embargo, sabemos de dos: la raza italiana, y la raza española. De ellas, y de ellas solas, puede decirse con verdad, y sin temor de que vengan á desmentirlo los hechos, que su servidumbre ha sido siempre el castigo de sus discordias; y que cuando no han estado divididas, han sido siempre razas reinantes.

Véase sino la historia de Roma: si hay algo que explique la contradiccion que hay entre sus bajos principios y sus portentosos crecimientos, esa explicacion está en que llegó á ser cabeza y vínculo de la Italia. Cuando la Italia fué una, cuando fué una sola su voluntad y uno su patriciado, la Italia, señora de sí misma, lo fué tambien de la tierra: ella sola fué el mundo de la civilizacion: sus aledaños eran, por unos lados, el mar; y por otros, los desiertos: y más allá de esos desiertos, y más allá de ese mar, no habia sino otro mundo nebuloso, solo de Dios conocido: el mundo de la barbarie.

Por lo que hace á nuestra España, ningun resplandor iguala al resplandor de su historia: una provincia bastó para conquistar el Oriente; Cataluña. Una para conquistar á Nápoles; Aragon. Una para conquistar á América; Castilla. Cuando esas varias provincias, en su dichosa conjuncion, y bajo el cetro de los reyes católicos, dieron á luz á España, el mundo presenció un espectáculo que aun no habian presenciado las gentes; el espectáculo de tres grandes epopeyas, llevadas por unos mismos héroes y á un mismo tiempo á felicísimo remate: la expulsion de los agarenos, la conquista de América y la sujecion de la Italia. Entonces sucedió, que el pueblo español, no cabiendo dentro de sus límites naturales, se derramó como conquistador por el mundo; como se habia derramado por el mundo, como conquistador, el pueblo romano. Todas las naciones

civilizadas nos rindieron vasallage: la Italia fué vencida: la Francia humillada: la Alemania cayó bajo nuestro imperio: la Inglaterra, protegida por las tempestades, si no sujeta, quedó á lo menos turbada y temerosa. Los españoles pusieron sus fronteras en donde la civilizacion habia levantado sus columnas.

Esto, en los tiempos antiguos: por lo que hace á los modernos, vivos están todavía los héroes de aquella gloriosa lucha que sostuvimos con la Francia, cuando á la voz de la independencia hicimos cejar al hombre portentoso, que legislador y guerrero, habia rodeado su frente, á un tiempo mismo, de todos los laureles militares y de todas las palmas civiles; que era Solon por la sabiduría, Mitridates por los arranques violentos y por los grandes propósitos, Anibal por las concepciones atrevidas y por los ímpetus sublimes, por la majestad Augusto, y por la grandeza César.

Nuestro nombre entonces fué glorioso entre las gentes, y temido de las naciones. Consistió esto, en que el sentimiento de la independencia habia dado unidad á la raza española: y en que esta esforzadísima raza no puede mirar á todos sus hijos en un mismo campo juntos, sin hacer su tributaria á la gloria: si se nos permitierá un símil, diríamos que la gloria es tan familiar á los españoles *unidos*, como la luz á la pupila del ojo.

Si ponemos los ojos en la Italia moderna, en la Italia pontifical, observaremos el mismo fenómeno que en la Italia cesárea. El mundo no aparta los ojos de los Césares, sino para ponerlos en los Pontífices romanos. Ellos son el escudo de la Italia contra los bárbaros del Norte. La Cátedra de San Pedro comienza á hablar cuando el Capitolio está mudo. De Roma brotan los oráculos evangélicos, cuando enmudecen los oráculos sibilinos. Roma no deja de ser legisladora del mundo, sino para ser maestra de las gentes. Todos los pueblos bárbaros, unos despues de otros, desfilan por la Italia; como si no hubiera en el mundo otra dispensadora de la gloria sino aquella tierra gloriosa. Los vencedores rinden homenaje á los vencidos: sus reyes visten las vestiduras consulares. El torrente de la invasion vuelve á entrar en su cauce: sus aguas impetuosas comienzan á correr tranquilas y serenas. La Italia es la primera que